

Crónicas de Lima

RECUERDOS DEL CENTENARIO DE AYACUCHO (1924)

DEL DR. JOSÉ M. SAAVEDRA GALINDO

Representante del Senado en los festejos, y delegado por Concurso del Gobierno de Colombia al Tercer Congreso Científico Panamericano de Lima.



CALI—COLOMBIA—1925

IMPRESA DE RELATOR

Al Sr. Sr.

Enrique Otero D'Costa.
Su amigo y admirador
te,

El Autor

docti-3-23



José Manuel Saavedra Galindo

M 502 P 9 8

57

Crónicas de Lima

RECUERDOS DEL CENTENARIO DE AYACUCHO (1924)

DEL DR. JOSÉ M. SAAVEDRA GALINDO

Representante del Senado en los festejos, y delegado por Concurso del Gobierno de Colombia al Tercer Congreso Científico Panamericano de Lima.

CALI—COLOMBIA—1925

LAS AVES HUANERAS

La palabra GUANO la dan los lingüistas como originaria de la voz peruana HUANO, y sirve para designar una palma baja de la América Austral. Pero más generalmente es conocida para nombrar la deyección de las aves, que se emplea como valioso abono, y que se encuentra en la Costa del Pacífico y en el sudoeste del África. Es de color amarillo oscuro, y contiene sales amoniacales, procedentes, sin duda, de las materias marítimas de que el ave se alimenta y que ella transforma misteriosamente en el rico abono para la agricultura.

La palabra debiera ser HUANO, puesto que esa es la voz del americanismo originario, y Cuervo aconseja conservarles a los vocablos el acento y la composición de su origen, hasta donde sea posible, al pasarlos de uno a otro idioma, o al cambiarles de acepción. Pero los hablistas, no sé por qué, sólo escriben HUANO, para referirlo al GUANO con las significaciones expresadas.

El ave huanera tiene la apariencia de un cuervo. Pero es más pequeña que éste y que el pato marino. Oscura por encima, tiene un leve plumaje claro abajo, que distingue su vuelo a la distancia. Es un ave silenciosa, que apenas deja oír, como las gaviotas, un leve chillido en el momento en que sus compañeras le disputan la pesca.

La presencia de las aves huaneras indica a los viajeros la cercanía de las costas del Perú. Por su número incontable, dan la idea del infinito matemático, de las cifras astronómicas. Una nube de langostas, de esas que oscurecen el sol, da la noción clara de la cantidad de estas aves. Marchan en filas longitudinales, tan extensas, que, literalmente, se pierden de vista, aún con el auxilio del antejo, en el horizonte ilimitado del mar. Marchan a tan poca altura del agua, que casi la tocan. Y a veces la rozan con los pies y con las alas, formando

entonces una blanquísima estela de espumas marinas, que contrasta a los lejos con la negrura del plumaje, filmando en el mar una cinta movable, mitad negro y mitad blanco. Es esto de un espejismo maravilloso.

Lo más curioso en el vuelo de estas aves, es el orden. Van formando siempre figuras geométricas, de caprichoso giro, y siempre a base de la línea recta horizontal: triángulos, ángulos, cuerdas, trapecios, semicírculos, que se abren y se cierran, que aparecen y desaparecen, como trazados y borrados sucesivamente, por una mano maestra invisible, sobre el tablero azogado del mar.

Varias veces pensé yo, desde las barandas del vapor "Mantaro", que me llevó al Perú, en los ejércitos de Jerjes de la historia de Grecia narrada por Heródoto; en la genial imaginación geométrica de Euclides; en la paleta de Rubens; en el pueblo israelita atravesando el desierto, ante el cuadro del viaje de aquellas aves al través de las costas peruanas. Y pensé que sólo el mar—el mar infinito,—podía suministrar el alimento diario a esos millares de miles de seres, para los cuales el mercado de una ciudad densa, sería un ligero aperitivo.

Las islas ribereñas y los altos peñascos de la costa, son sus dormitorios. Pescan en el día, y van a aquellos sitios a dormir en la noche. Y allí depositan sus deyecciones, que son el famoso GUANO o huanero de la agricultura, en capas hasta de 20 metros de espesor, que es una riqueza fabulosa del Perú, cuyo gobierno lo exporta y obtiene una pingüe e inagotable renta.

Naturalmente, la caza de esas aves es prohibida con graves penas en el Perú. Las aves huaneras son RES SACRA. La riqueza de sus intestinos, las libra de la persecución del hombre, como debiera librarse en Colombia la garza, por la belleza y riqueza de sus plumas.

Al paso de las aves huaneras va quedando un reguero de plumas desprendidas en el vuelo, que el oleaje

del mar queda meciendo y dispersando, por largo rato, como en el campo riega el viento las de las palomas torcaces, que despluman las aves de rapiña en los sitios solitarios.

Las islas y peñascos cubiertos por la capa del huano, semejan calvas enormes de color claro, como caliginoso.

Sin duda con la riqueza de estas aves, le compensa la naturaleza al Perú la aridez espantosa de sus costas. En más de 100 leguas, de Tumbes, puerto divisorio, límite con el Perú, hasta el Callao, pasando por Paita, Pimentel, Salaverry, Eten, Chimbote y Pacasmayo, no sólo no se ve una planta, sino que se halla la ausencia absoluta del color verde, si se exceptúa, por sus reguíos, el sector de la histórica ciudad de Trujillo, capital de la Provincia de la Libertad, en donde hay ingenios de azúcar, apreciados hasta en 20 millones de soles, como el del filántropo millonario, Larco Herrera.

Aquellas costas son arenales inmensos, verdaderos Saharas marítimos, "montes sinahíticos", como los llamó Valencia, en donde los ojos buscan inútilmente la flora de la tierra. Allí los vientos huracanados hacen frecuentemente variar de figura los montículos de arena. En uno de estos grandes arenales de la costa del Guayas en el Ecuador, llamado Guachi, similar a estos del Perú, fue donde sufrió su gran revés el Mariscal Sucre, que de súbito se vio envuelto con su ejército, en pleno combate, por un alud de arena menuda que cegó los soldados, y fueron sorprendidos así por los realistas.

En el puerto de Paita, cuya bahía goza de tener las aguas de mar más saturadas, existe la casa donde murió doña Manuelita Sáenz. Allí vive aún una viejecita abijada y protegida de ésta, que refiere que el archivo íntegro de doña Manuela, en donde estaba la correspondencia amorosa de Bolívar con ella, un tesoro de la historia, lo quemó el gobierno en una época de epide-

mia de la peste bubónica, que ha flagelado aquellas costas.

En ninguno de esos puertos existe muelle en forma. Casi en ninguno hay bahías que resguarden los barcos de la furia del mar, que en algunos de ellos, como en Eten, es temible. Los barcos quedan a veces hasta a dos millas de la costa, de la cual mandan botes de gasolina y de remos, y balandras, para dejar y recibir los pasajeros, que en ciertos sitios en la hora de la marea brava, tienen que desembarcar en barriles.

En el Callao, hay pequeños muelles, y uno nuevo de cemento, llamado de guerra, reservado al gobierno, por donde recibieron las Embajadas para las fiestas del centenario. Pero los buques no alcanzan a arribar a ellos. Se llega en botes especiales.

El Callao, es el puerto principal del Perú. Ciudad simpática, de gran movimiento comercial y marítimo. Unida a Lima por ferrocarril, tranvía eléctrico y hoy por la famosa carretera cementada que ha hecho el Presidente Legula. Hay 15 kilómetros del Callao a Lima. Esta carretera, es algo admirable. Así debió ser la romana, la de la vía Apia.

Frente al Callao, está, como un adusto centinela, la isla de San Lorenzo, a donde dicen que confinan a los presos políticos. En la costa peruana, como en Lima, no llueve nunca. Se preparan las nubes negras, y no cae una gota. Apenas, en el invierno, porque en el Perú hay estaciones atenuadas, cae la GARUA, especie de sereno, o menuda llovizna. Esta sequedad misteriosa, la explican algunos por la corriente de los vientos alizos, que no permite allí que el vapor de agua se convierta en lluvia. Esa es la causa de aquella aridez eterna de la costa peruana, de aquellos grises y tristes arenales, como de piedra pómez, sobre los cuales posan los millares de aves huaneras, como una lluvia de plumajes, que reemplazara la lluvia fecundante del cielo....